

LORD ACTON Y EL CATOLICISMO LIBERAL EN INGLATERRA

I

FIRMES RASGOS DE UNA PERSONALIDAD

Lord Acton merece la biografía que nadie aún ha emprendido, tomando por base los centenares de cuadernillos, los millares de fichas y notas que se guardan en Cambridge, además de los sesenta mil volúmenes, en su mayoría con notas marginales, de su famosa biblioteca de Aldenham (1). No disponiendo aquí sino de un número limitado de páginas, sería de una grotesca pedantería desplegar el aparato crítico de notas y apéndices, que una vez más tendré que reservar para el futuro. Esbozada la semblanza en dos ocasiones anteriores (2), y apoyándome en reciente bibliografía, acometo esta tercera tentativa, parcial también, con el objeto de proporcionar el telón de fondo indispensable para la más cabal comprensión de los ensayos que pronto integrarán un nuevo volumen de la Colección «Civitas».

Forzando al máximo, por las razones que preceden, la facultad sintetizadora, destacaremos como introducción los firmes rasgos de quien al nacer en 10 de enero de 1834 recibiera los nombres de John Edward Emerich Dalberg Acton. Rasgos, me complazco

(1) No olvidemos que en los últimos años de su vida, dificultades económicas le obligaron a enajenarla. Adquirida por el multimillonario Andrew Carnegie —escocés de origen y norteamericano por adopción—, pasó inmediatamente a enriquecer los fondos universitarios de Cambridge.

(2) R. OLIVAR BERTRAND: *Lord Acton, el Inflexible*. Madrid, separata de *Arbor*, núm. 102, VI-1954: 19 págs.—*Dos católicos frente a frente: lord Acton y Ramón Nocedal*. Madrid, «O crece o muere», 1955: 34 págs.

en repetir, firmes, tallados en cristal de roca, por lo duros y transparentes. Un carácter temible el de Acton, todo aristas para las cuestiones fundamentales; sin dobleces en sus tomas de posición; hombre de mundo de modales aristocráticos, severo, sobrio; inflexible en sus actitudes y de asombrosa erudición (3). Esta formidable personalidad florece en Inglaterra, que en su acelerada ruta hacia un gran imperio se presenta como adalid y portaestandarte del liberalismo constitucional. En esta Inglaterra, de cuarenta y tres millones de habitantes, alienta una minoría de unos dos millones y medio de católicos, en una condición social y política de inferioridad vieja de tres centurias. En el transcurso del siglo XIX logra esa minoría emanciparse de su condición de inferioridad; pero los «papistas», que así se les llamaba, no consiguieron desprenderse de las consecuencias de aquellos tres siglos. El aislamiento en que habían vivido era fatal para todo movimiento de expansión —así lo reconocieron Wiseman, Newman, Ward, Acton...—, por cuanto, en general, no podían codearse con los protestantes cultos, de refinada educación, sin ser calificados de bárbaros. Y con razón.

Muy pronto se perfilaron dos tendencias en el seno de la minoría católica que veía, día a día, desaparecer las barreras que hasta entonces se opusieran al libre juego de su vida civil. En una de ellas se agruparon cuantos soñaban con exaltar la soberanía pontificia, promover el reflorecimiento de la devoción católica, incluso las prácticas más en pugna con las tradiciones y los prejuicios británicos. En una palabra, a defender a ultranza todos los puntos de vista válidos en Roma, empezando por restablecer en la Iglesia católica de Inglaterra la más rígida y enérgica disciplina. En la brecha de la segunda tendencia se alinearon lo mismo católicos viejos que los recientemente convertidos. Habituaados unos, por las persecuciones sufridas, a minimizar el culto y la dependencia de Roma. Impulsados los otros por el espíritu de progreso, que en el pasado siglo alentó en los más finos intelectos del conti-

(3) Reconozcamos que los tiempos estaban maduros para que, en ellos, se forjara la soberbia erudición de ACTON. Era el heredero directo de la generación que había fundado la *École des Chartes*, en París, y la *Methodologische Schule*, de Berlín. A mano tuvo las mejores herramientas que, unidas a su portentoso conocimiento bibliográfico, tenían que facilitarle la pista y desarrollo de las ideas, preferentemente políticas, morales y religiosas.

nente europeo, deseaban un equilibrio doctrinal, y para alcanzar este objetivo, lucharon con las miras puestas en atenuar las diferencias que distanciaban católicos de anglicanos. Coetáneamente, los liberales anglicanos, tal Gladstone, pugnaron por sustraer su propia confesión de las ingerencias del Estado británico. Coincían, con los liberales católicos, en la defensa de una Iglesia independiente del poder civil, establecida por Dios y no como dependencia del Estado encargada de los asuntos religiosos de la nación. Así se explican amistades tan sorprendentes como las mantenidas entre los binomios Pusey - Dupanloup, Gladstone - Acton, cimentadas en el viejo sueño de Leibniz encaminado a la reunión y unificación de las Iglesias cristianas (4).

Acton, católico liberal, está más cerca de nosotros que de sus contemporáneos. La paradoja de las vidas humanas se da una vez más, como privilegio, a nuestro favor, a pesar de hallar su nombre citado en las numerosas memorias victorianas. ¿Y cómo no había de ser así? Mantuvo relaciones con los mejores historiadores y filósofos de Europa y Norteamérica. Alternó con las familias *whig*, aferradas al gobierno de la Inglaterra «próspera y feliz» de aquella época; con las ceñudas y altivas familias de la aristocracia *tory*, y también con la realeza continental. Con la misma deferencia era acogido en la corte pontificia que en el castillo de Windsor. Y, todo ello, en los años más brillantes de su vida, sin abdicar un ápice de su soberbia actitud intelectual, y mostrando siempre su desdén por las etiquetas nacionalistas y de partido. A este respecto, vale la pena subrayarlo, ocupa el polo opuesto del «correligionario» décimonono.

La primera cuestión fundamental es, para Acton, política. Capaz de las mayores abstracciones, vive Acton, voluntariamente, intensamente, el mundo político de sus días. Nadie como él se interesaba tanto por los acontecimientos del día, por el pasajero rumor de la hora huidiza. Gozar de su compañía era gozar de la mejor biblioteca especializada en historia, una biblioteca po-

(4) Observemos que LEIBNIZ, BURKE y TOCQUEVILLE fueron autores predilectos de ACTON. Obsérvenos también, como ya se ha hecho, que en torno a los tres principales maestros de ACTON podría escribirse la historia del catolicismo de mediados del siglo XIX: Monseñor Dupanloup, el cardenal Wiseman y el profesor Dollinger.

seedora de los mejores catálogos especializados en historia, ante todo, contemporánea. Inmune totalmente para la envidia, la vanidad y el egoísmo, su espaciosa frente, su voz sonora, sus ojos penetrantes y su continente alerta y reposado, le ganaban la atención del auditorio, seducido por su conversación. Buen conversador, sabía escuchar, y el desembarazo con que se movía en una recepción italiana corría parejas con el demostrado en un salón francés o en círculos alemanes o ingleses.

Escribía que, para Acton, la primera cuestión fundamental fué la política. Adelantemos algunos datos. Buscando colaboradores para la revista *Rambler*, a que luego nos referiremos, escribe: «Intento dar con hombres que piensen por sí mismos y no sean esclavos ni de la tradición ni de la autoridad» (5). La posición no puede ser más tajante y aclara la semblanza moral de nuestro personaje. Admira Acton a Burke, el Burke de los últimos años —dedicado a la filosofía y la política empíricas— por rechazar las abstracciones, las especulaciones *a priori* tan caras a los racionalistas franceses. ¡Hechos! Los hechos apartaban las ociosas vanidades de la filosofía y las pretensiones burocráticas de una ciencia política, lógica y comprensiva, *ad usum* del buen legislador... Los hechos se oponían a la utopía revolucionaria de reforma de la sociedad de acuerdo con un plan lógico y preconcebido. La historia demostraba la cordura de los hechos que hacían evolucionar las instituciones, reflejo del tiempo, no de la lógica. Los ingleses habían comprado así su libertad, ateniéndose a los hechos y sin dejarse arrastrar por el fanatismo revolucionario.

Acton se sienta en la Cámara de los Comunes, pero sus más importantes manifestaciones políticas quedan consignadas en las páginas de sus diarios. Educador, en el más hondo significado del vocablo, se situaba detrás del escenario para formar e ilustrar la opinión pública. En sus tiempos, el nacionalismo —grande y chico— hacía furor. Aun cuando Mazzini vivía ya en la penumbra, el virus nacionalista encendía los ánimos europeos. Este virus defendía la coextensión de Estado y nación, como representantes, respectivamente, de la voluntad general y de un pueblo homogéneo. Era el nacionalismo democrático y revolucionario que arro-

(5) Cta. de 16-11-1858. V. *Lord Acton and his Circle*, edic. de Gasquet (Londres, George Allen y Burns and Oates, 1906; 372 págs.), página 1.

jaba por la borda el lastre de las libertades, derechos y autoridades tradicionales. Lord Acton, y con él los ingleses todos, defendían otra teoría de la nacionalidad. Era ésta, en opinión de aquéllos, un elemento esencial del Estado, pero no el supremo. La nación se integraba de multitud de corporaciones que, juntas, componían un estado libre. De la heterogeneidad de naciones dentro del Estado dependían la libertad y la civilización. El Estado reducido a una sola nación tendía a la barbarie primitiva. Los Estados eran tanto más perfectos cuanto mayor el número de razas y nacionalidades incluidas en ellos, como, en los tiempos de Acton, el británico y el austríaco.

Esta última teoría de la nacionalidad corroboraba otra, favorita y repetida, de lord Acton, sobre que la libertad era antigua y el despotismo moderno. Y conste que al rechazar el nacionalismo democrático no rechazaba la democracia, pues para Acton la participación del pueblo en el gobierno era a la vez un derecho moral y una afirmación de libertad. Recordemos aquí otra aparente contradicción de nuestro personaje relacionada con el sufragio femenino, del que si filosóficamente era partidario, no lo aconsejó al convencerse de que la mayoría de los votos de las mujeres favorecerían a los conservadores y no a los liberales. Para cerrar este apartado, reproduciré al pie de la letra el texto de una de los millares de notas que nos legó inéditas lord Acton, una de las que hubiese aprovechado para redactar la *Historia de la Libertad* que... no llegó a escribir (6). Dice así la anotación: «La propiedad no es un derecho sagrado. Cuando un hombre rico pasa a pobre es un contratiempo, no un mal moral. Cuando un pobre queda desamparado es un mal moral lleno de consecuencias injuriosas para la sociedad y la moralidad. Por consiguiente, y en última instancia, el pobre tiene derecho a reclamar la riqueza del rico desde el momento que puede ser aliviado de los efectos inmorales y desmoralizadores de la pobreza» (7).

Como cualidad esencial de Acton contra tirios y troyanos, y al margen de todo patrioterismo —del que ya dijimos estaba desligado— señalemos su amor a la verdad y a proclamarla, estuviera

(6) «The greatest book that never was written», en frase de L. M. PHILIPPS, *Europe Unbound* (Londres, 1916), pág. 147.

(7) Cambridge, Add. Mss., 4.869.

donde estuviere. En otra anotación leemos lo siguiente: «Al juzgar nuestros méritos nacionales, hemos de otorgar mucho a nuestra nacional hipocresía... Fuimos los mejores colonizadores del mundo, pero exterminamos a los indígenas dondequiera íbamos. Despreciábamos la conquista, pero anexionábamos con voracidad de Rusia» (8).

Este mismo tema, con particular alusión a España, lo trató Acton en una larga carta de 1862, escrita en Aldenham (9). Vale la pena resumirla. La gran diferencia entre las colonizaciones española e inglesa estriba en que los españoles habían acometido la tarea de comunicar a los indígenas una religión y una civilización superiores a las conocidas por ellos, mientras que los ingleses, simplemente, habían ignorado a los indígenas. La Iglesia unía a españoles e indígenas; hecho que no se daba en las colonias inglesas. En otro terreno, observaba Acton que, en los trópicos, el trabajo resulta odioso e inadecuado para los europeos, mientras que en los países norteros se desea trabajar. Por consiguiente, los españoles exigían a los nativos que trabajaran para ellos; los ingleses, en cambio, trabajaban para sí, menos en las colonias meridionales de la actual Norteamérica, adonde los ingleses llevaron mano de obra africana que fué obligada a trabajar para... los ingleses. Había que tener en cuenta, igualmente, la diferencia existente entre los aborígenes de la América del Norte, cazadores, y los de América del Sur, agricultores. Estos podían explotarse en las plantaciones; aquéllos, no. Las colonias inglesas, fundadas por emigrantes con frecuencia sectarios, solían estar en oposición con respecto al país de origen. Las colonias españolas, contrariamente, trabajaban para la «madre patria», eran ayudadas y guiadas por ella, y, al mismo tiempo, se veían «controladas» por una Iglesia que señalaba los mismos deberes para indígenas que para españoles (10).

Así nos explicamos ahora que aprobara Acton las concesiones de Glasdtonne a los *boers* y la evacuación de Egipto por los ingleses... y se acalorara, en cambio, ante los rumores de guerra con el Afganistán. Nos explicamos también que en el *Times*, de Lon-

(8) Add. Mss., 4.954.

(9) *Lord Acton and his Circle*, págs. 278-279.

(10) Otras referencias francamente elogiosas para los españoles pueden leerse en el citado *Lord Acton and his Circle*, páginas 24 (Donoso Cortés) y 353-354 (Gayangos).

dres, de 20 de junio de 1902, entre las frases laudatorias escritas con motivo del fallecimiento de Acton, se deslizara la observación de que una de las imperfecciones del finado era «la falta de fibra nacional».

Otra cuestión fundamental para Acton tenía que ser la religiosa. Se comprende que así sea para un hombre que, como él, con un siglo de anticipación, profetizó la esterilidad de secularización materialista y relativista. Acton, rara combinación, según se viene repitiendo, de un gran moralista —por su educación— y de un hombre de mundo —por su nacimiento—, era, además, un profeta y, como tal, no podía transigir, como suele hacerse en la vida social y política. He aquí otra fuente de las duras aristas de su carácter.

Religión y política estuvieron siempre extrañamente unidas en la mente de Acton. El protestantismo, afirmaba en un ensayo (11), menos aún que el catolicismo, no había sido el progenitor de la libertad política, ya que el Estado absoluto se creó cuando el protestantismo abolió la autonomía y los privilegios de los gremios, que en lo antiguo habían creado la sociedad. Ciertamente que el individuo adquirió el derecho de venerar la religión que se le antojara, pero a la Iglesia se le prohibió administrar sus propias leyes. De aquí que la emancipación del individuo llegó a ser una refinada técnica a fin de asegurar la total sujeción, y el limitado poder ejercido antes por la Iglesia fué reemplazado por el poder absoluto del Estado.

Enfrentémonos con posturas típicas de Acton, la que adoptaba con los dogmas y los milagros, por ejemplo. Ward, prohombre del ultramontanismo inglés, los aceptaba sin ejercer sobre unos y otros el sentido crítico. Acton, que no los negaba, sí. Y manejando el escalpelo, proclamaba que el hecho más revolucionario del Cristianismo no había consistido en sus innovaciones doctrinales, sino su nuevo sentido de los derechos y los deberes públicos. Por eso los romanos toleraron todas las religiones, excepto la que amenazaba revolucionar el Estado pagano. Eran lo bastante sagaces para no adoptar medidas de excepción. Otra postura típica de Acton —o talante, según acepción puesta de moda en estos

(11) «The Protestant Theory of Persecution», en *Essays of Freedom and Power*, págs. 68-127.

últimos años— es la que defiende ante la Inquisición. Al reseñar la obra de Karl von Hefele sobre la vida de Cisneros (12), escribe rotundamente que el gran atentado perpetrado por la Inquisición radicaba en haber contribuido al despotismo político y al estancamiento intelectual. La ejecución de veinte mil seres humanos era sólo uno de «los detalles pintorescos» que excitan la imaginación y las pasiones de los hombres, oscureciendo la real importancia de la institución». Sin embargo de lo que antecede, la Inquisición tenía el mérito de haber sido «un verdadero y efectivo guardián de la moralidad del pueblo» en tiempos en que las guerras medievales de la Reconquista habían reducido a los españoles.

Relacionemos otros talentos espirituales de Acton en temas candentes de historia universal. Para el gran erudito, el fin no justifica los medios. A Felipe II no debía erigírsele un pedestal de héroe por suponer que en servicio de la Iglesia considerara que cualesquiera medios eran legítimos (13). No merecían mayor admiración los Papas inteligentes en la diplomacia que los que únicamente podían aducir nobleza espiritual; la corrupción no era menos mala porque se registrara en la Iglesia católica, y el crimen no era menos crimen porque se viera sancionado por el Papa y las víctimas resultaran bandidos (14). En su correspondencia con Döllinger expresa su abominación de la famosa noche de San Bartolomé y la repugnancia con que juzgaba la práctica del asesinato por motivos religiosos. Leemos en una nota suya: «San Bartolomé es el mayor crimen de los tiempos modernos. Se cometió según principios profesados por Roma. Quedó aprobado, sancionado y elogiado por el Papado. La Santa Sede se desvió de su senda para informar al mundo, con actos firmes y solemnes; ¡con qué entereza admiraba a un rey que había asesinado traidoramente a sus súbditos por ser protestantes, proclamando así, para siempre, que era acción piadosa y santa degollar por la noche a un hombre por ser

(12) «Hefele's "Life of Cardinal Ximenes"», en *Rambler*, vol. III, páginas 158-170; VII-1860.

(13) «J. G. Magnabal's traslation of Le Marquis de Pidal's "Philippe II, Antonio Perez et le royaume d'Aragon"», en *Chronicle*, 20-VII-1867; págs. 402-403.

(14) Artículos publicados en *Chronicle*, I: «Mr. Bergenroth's Introduction to vol. II of the "Calendar of State Papers, Spain"» (14-IX-1867, páginas 587-589); «Essays in Academical Literature. Essays in Religion and Literature edited by archbishop Manning» (5-X-1867, págs. 664-667).

protestante!...» (15). Y recapitulando, llega Acton a las siguientes conclusiones: 1.^a Un crimen no es nunca una buena acción porque se haya cometido en bien de la Iglesia. 2.^a El teórico que aprueba el acto criminal no es mejor que el culpable que lo comete. 3.^a El teólogo o el historiador que defienden al teórico incurrir en el mismo reproche. 4.^a Cometer un asesinato en el rapto de un momento es un hecho excepcional, defenderlo es algo constante y delata una conciencia más perversa (16).

II

INFANCIA Y JUVENTUD

Importa concretar, ahora; encajar los actos y la aventura intelectual de Acton en la cronología de su vida y de su época.

John Emerich Edward Dalberg Acton, nacido, según adelanté al principio, el 10 de enero de 1834, en Nápoles, fué hijo único de Richard Acton y de la heredera de la casa alemana de los Dalberg, María-Pelline-Teresa-Catalina de Brignols-Sala, familia ésta más antigua que la de su padre. Abiertos sus ojos en cielo italiano, con madre alemana y padre inglés, John Acton estaba destinado a ser ciudadano del mundo. Fué, ciertamente, inglés sólo en un 50 por 100 y europeo en otro 50. Su perfecto dominio —entre otras utilizadas en sus lecturas— de las lenguas italiana, francesa, inglesa y alemana, sus frecuentes viajes, le facilitaron sentirse libre del todo de los prejuicios tradicionales de los isleños británicos.

Bosquejemos, aunque sea con brevedad, las genealogías de los progenitores. Desde los comienzos del siglo XIV se sabe que los Acton, estirpe de *country squires*, ocupaban la finca de Aldenham en Shropshire. Durante la guerra civil un Richard Acton fué apartado de la Cámara de los Comunes, por lo que, en compensación, Carlos I le otorgó la baronía. Así empezaron las simpatías *tory* de la familia, confirmadas por Sir Edward Acton, quien negó su apoyo a Guillermo de Orange y a María cuando fueron éstos coronados reyes de Inglaterra a consecuencia de la «Gloriosa Re-

(15) Add. Mss., 5.004.

(16) Add. Mss., 4.939 y 5.631.

volución» de 1688. En 1750 otro Sir Richard Acton rompió bruscamente con los *tories*-anglicanos al abrazar la religión católica. En 1719, el título y la propiedad pasaron a una joven rama de la familia radicada en Francia, católica también, que pasó luego a Italia. John Acton actuó de primer ministro de la reina de Nápoles. Su primogénito, Sir Ferdinand Richard Edward Acton, vió nacer en Nápoles, el 10 de enero de 1834, al suyo propio, nuestro John Edward Emerich Dalberg Acton.

En cuanto a los Dalberg, contaba una leyenda que el fundador de la casa se había relacionado nada menos que con Jesucristo, para ser luego soldado romano y establecerse, finalmente, en Herrnsheim del Rin, donde radicaba la heredad de la estirpe. Lo indudable es, ante todo, la existencia en Alemania del pasado siglo de la expresión aforística: *Ist kein Dalberg da?* (¿Hay por ahí algún Dalberg?) Desde el siglo xv, y a partir de Maximiliano I, los Dalberg tenían el privilegio de ser los primeros caballeros a quienes armaba el emperador cuando la coronación. De aquí se explica que siguieran el destino de la familia imperial. El abuelo, duque Emeric Josef, se convirtió en súbdito francés durante las guerras napoleónicas, sirvió bajo el gobierno provisional de 1814, acompañó a Talleyrand como plenipotenciario al Congreso de Viena y, tras la Restauración, fué nombrado ministro de Estado y pár de Francia. Herrnsheim fué heredada por su única hija, María. Aldenham y Herrnsheim pasaron a ser las dos propiedades favoritas de Acton.

Aún no había cumplido tres años de edad cuando Acton sucede a su padre, por fallecimiento de éste, en la baronía del apellido paterno. Más exactamente, digamos que es nuestro héroe, a los tres años, octavo *baronet* Acton. Tres años después, las segundas nupcias de su madre con el segundo conde Granville, de los Laveson-Gowers, figura prominente en la política *whig*—subsecretario entonces en el ministerio de lord Melbourne—le facilitaría el marco elegante y aristocrático de la sociedad de Londres, París, Roma y Nápoles. Zanjadas las diferencias religiosas entre los cónyuges—la madre católica, el padrastro anglicano—, la esterilidad de este nuevo matrimonio dispuso los conflictos que podían haber surgido. Los acomodaticios, por no escribir inexistentes, escrúpulos religiosos del conde Granville no fueron obstáculo para el catolicismo de la esposa y del hijastro. Por otra parte, el conde aportó al personaje central de este en-

sayo lo que había de imprimirle sello para toda la vida: el ambiente social y político del gran mundo. Como nota psicológica a destacar, en contraste con el perfil moral de Acton, enumeremos las características del conde: liberal, librecambista *avant tout*, aristócrata y no *commoner*; flexible de carácter, de modales amables; incondicional para el propio partido y de miras eminentemente prácticas.

Lo anterior pone de relieve la condición más conspicua de Acton —de su nacimiento y de su carrera—: el cosmopolitismo. Se hallaba igualmente a sus anchas en Inglaterra, en Francia, en Italia o en Alemania. Ello le permitió dominar desde muy temprano los respectivos idiomas, y siempre como instrumento de trabajo, no como vanidosa ostentación. La seriedad, recalquemos, fué la tónica en todas las empresas de su vida.

Monseñor Dupanloup fué su primer maestro. Había asistido al lecho de muerte del padre, era confesor de la madre y, en general, de los Dalberg. En 1842 Acton ingresó en el seminario preparatorio de San Nicolás de Chardonnet, dirigido por Dupanloup. Sólo residió en él un año. Poco antes de su llegada lo había abandonado el más grande hereje del siglo: Ernest Renan. Recordemos que Dupanloup se había encontrado envuelto en la tentativa de reconciliar el Estado liberal con la Iglesia católica.

En 1843 ingresaba Acton en la escuela católica de Oscott, cerca de Oxford, presidida por el reverendo Nicolás Wiseman, quien más tarde, como cardenal y arzobispo de Westminster, sería su principal antagonista. En 1845 vió Acton llegar a Oscott a los conversos de Oxford, encabezados por Newman. De este modo vivió años decisivos en el meollo del mundo católico británico, destacando en él su posición eminentemente intelectual. En Oscott, donde ingresó a los nueve años, se formaba a los alumnos en las lenguas clásicas y, además, en las francesa, italiana y alemana. Cuantos seguían el curso ordinario de los estudios aprendían matemáticas, filosofía natural, historia, geografía, retórica y otras materias indispensables para *those who are destined to independence, in or out of Parliament, for any of the learned professions or for business* (17). Para Acton, y según propia confesión, era Oxford el centro del mundo.

(17) Texto en uno de los anuncios propagandísticos del Colegio, aparecido en *The Catholic Directory and Annual Register*, 1840.

Después de poco más de año y medio de permanencia en un colegio de Edimburgo, adonde se trasladara para estudiar griego —sin mucho éxito—, rechazada por otra parte, su solicitud de ingreso en Cambridge, pasó Acton, en junio de 1850, al hogar muniqués del profesor Johann Ignaz von Döllinger, sacerdote, teólogo e historiador de la Iglesia. No ingresó inmediatamente en la Universidad, sin duda por no dominar del todo la lengua alemana. Aceptó, eso sí, recibir instrucción privada de Döllinger, completada con asistencia eventual a determinadas conferencias universitarias. De este modo quedó ligada la personalidad de Acton a la de Döllinger, a la sazón concienzudo profesor, leal súbdito del rey de Baviera y devoto servidor del Pontífice. Subrayemos que, a mediados del pasado siglo, gozaba Munich la fama de ser el mejor centro católico de enseñanza superior. En la Universidad de Munich había producido escaso impacto el movimiento liberal de Lammenais, Montalembert y Lacordaire. Siguiendo la línea de Louis de Bonald y de Joseph de Maistre, sus teólogos conciliaban el principio de la autoridad absoluta del Estado con las ideas de autoridad absoluta de la Iglesia.

En Döllinger vió Acton la revelación de las verdades de la filosofía, la religión y la historia. De él recibió la idea de que la Cristiandad era, esencialmente, historia, más bien que un sistema doctrinal o filosófico, y que sus dogmas no eran fijos para todos los tiempos, sino que sobrellevaban cambios y desarrollos. El primer conflicto vivido por Acton surgió en 1854, cuando la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María. Döllinger, y con él la Facultad de Teología de Munich, se opuso por las dos razones que siguen:

1.^a Históricamente, el dogma nunca había gozado del *status* de verdad divinamente revelada (18).

2.^a El dogma había sido decretado por la sola autoridad de Pío IX, sin ser confirmado por un Concilio ecuménico (19).

Acton defendió estas tesis. Con anterioridad había ya asistido a la dura controversia entre Anton von Günther y Jakob Frohschamer, en la que el primero afirmaba el dualismo de ciencia y

(18) Afirmaban que incluso SANTO TOMÁS DE AQUINO había alegado objeciones.

(19) No olvidemos que hasta el Concilio Vaticano de 1870 no se declara la infalibilidad del Papa.

religión, con razones una y otra para defender sus propias verdades, y el segundo la soberanía de la ciencia sobre la religión.

Puede consignarse que en estos años, y aprovechando las temporadas de vacaciones, juntos maestro y discípulo, emprendieron viajes por Suiza, Italia, Austria e Inglaterra, poniéndose en relación con la *élite* intelectual del continente, en las personas de sus mejores filósofos, teólogos, historiadores y hombres de Estado, lo que dió pie a la frase que luego se repetiría a lo largo de su vida: la de que conocía Acton a todo el que merecía ser conocido (20). Por esta época empezó a echar los cimientos de su magnífica biblioteca de Aldenham (21), siendo ayudado y aconsejado en las adquisiciones por el propio Döllinger.

Un viaje a los Estados de Norteamérica, en compañía de su pariente lord Ellesmere, jefe de la Comisión británica de la Exposición Industrial de Nueva York, en 1853, le dió ocasión para conocer a algunos prohombres del otro lado del Atlántico (22), y para visitar la Universidad de Harvard. La visita le convenció de la superioridad de Munich, confirmándole los recelos que de antiguo alimentara acerca de la inferioridad de la sociedad norteamericana (23).

En 1856 pasa Acton a Rusia, como secretario de lord Granville, que representaba a la reina Victoria en la coronación del zar Alejandro II. Se dió a conocer como hombre de suma habilidad y exquisito trato, lo mismo en el mundo científico que en el aristocrático (24).

(20) Citemos a los franceses MONTALEMBERT, ALEXIS DE TOCQUEVILLE y FUSTEL DE COULANGES; los alemanes BLUNTSCHLI, VON SYBEL, RANKE, ROTHE.

(21) Más de 59.000 volúmenes.

(22) WILLIAM PRESCKOTT, historiador; los poetas JAMES RUSSELL, LOWELL y HENRY. WADSWORTH LONGFELLOW; el periodista ORESTES BROWNSON y el geólogo inglés SIR CHARLES LYELL.

(23) De ella escribió: «Money is the great object of life... Nothing is studied for its own sake, but only as it will be useful in making a practical man.» (El dinero es el gran objetivo de la vida... Nada se estudia por sí mismo, sino sólo en el caso de que haya de ser útil para la formación del hombre práctico.) En *Fornightly Review*, «Lord Acton's American Diaries», CX. 1921, 1930-1931.

(24) Y ello a pesar de que, al término de la guerra de Crimea, Inglaterra no contaba con un solo amigo en el continente, excepto Turquía. La seducción de JOHN ACTON resultó superior a las prevenciones sugeridas por su origen.

En la primavera de 1857, cuando Acton contaba veintitrés años y Döllinger cincuenta y ocho, emprendieron juntos un viaje a Roma, como compañeros más que como maestro y discípulo. Iban a investigar en los manuscritos de la biblioteca del Vaticano a propósito de las herejías medievales. Acton no tuvo acceso a la biblioteca (25). Forzado estuvo a fiarse de las notas de Döllinger. El regreso de ambos se verificó, según registraron luego en cartas y notas (26), «sin confianza y sin respeto...», sin horror ni indignación». De las entrevistas con el secretario de la Inquisición y con el propio Papa se llevaron, según anotan sus biógrafos, penosa impresión.

Para aclarar la actitud de Acton en los conflictos que muy pronto asaltarán la fortaleza de sus opiniones, remachemos más aún la influencia ejercida por Döllinger en la dirección de contemplar todas las cosas desde el punto de vista de la historia, teniendo siempre presente el famoso pasaje de Coleridge, que reza: «El hombre que antepone la Cristiandad a la verdad antepone la Iglesia a la Cristiandad, y acabará por colocarse a sí mismo delante de la Iglesia.» Consignemos que fué en Munich donde empezó a manejar con soltura la lengua española.

¿Qué les pasó en Roma? Recojamos tres situaciones consignadas por biógrafos de Döllinger, sin analizar por ahora su respectiva veracidad. Lo que no debemos olvidar es la actitud hostil de maestro y discípulo hacia la absorbente y absoluta autoridad del Vaticano, no confirmada aún por el Concilio del año 70.

1.^a Después de confesar su ignorancia en la lengua alemana, el secretario de la Inquisición. Modena, había declarado que un libro alemán podía ir al Índice con sólo que el denunciante tradujera un fragmento rechazable. Como Döllinger arguyera que sin contar con una mala traducción podía tratarse de un pasaje violentamente arrancado, y tal vez expresión de sutileza filosófica. Modena, al parecer, replicó: «Es nuestra norma.»

2.^a En la audiencia de Döllinger con el Papa había escuchado que «sólo cuando el mundo hubiese aprendido a inclinarse ante la Sede Apostólica estaría asegurado el bienestar de la Humanidad».

3.^a De la entrevista de Acton con el Papa se llevó aquél mala

(25) Hasta León XIII no se abrió a los estudiosos el archivo y biblioteca del Vaticano, tanto a protestantes como a católicos.

(26) Add. Mss., 4.903 y 4.905.

impresión, pues los elogios que recibiera por pertenecer a la estirpe conjunta de los Acton y los Dalberg los habría él trocado por los de ser el discípulo mejor dotado del gran historiador de la Iglesia (27).

III

PRO CATOLICISMO LIBERAL EN INGLATERRA

Abocetada al principio de este ensayo introductorio la situación de los católicos ingleses pasado el primer tercio del siglo XIX, nada tendrá de extraño para el avisado lector ver a Acton moverse entre los partidarios de la reforma católico-liberal, reforma semejante a la desarrollada en el continente. La profesión de fe de Acton se cifraba en la frase de que los estudios debían realizarse sin plantearse objetivo ninguno; todos ellos debían emprenderse con la castidad con que se cursaban las matemáticas (28).

Mientras los ultramontanos declaraban la guerra a la secularización del Estado, los católicos liberales incitaban a aquéllos a liberarse del escolasticismo, de prejuicios anticuados, y a abrir sus mentes a los descubrimientos científicos, filosóficos e históricos. En 1858, Acton defendió esta posición desde la dirección de la revista *Rambler*, revista que, desde 1848, se había ya distinguido en sus ataques a los ultramontanos. Los conflictos que se originaron con la Iglesia, a consecuencia de los trabajos publicados de 1858 a 1859 —incluso durante los dos números dirigidos por Newman— fueron muchos. Recuérdese que este último año, el de 1859, saludó la aparición de la obra clásica de John Stuart Mill, *On Liberty*, basada en el escepticismo religioso y liberalismo político; además, la discutidísima obra de Charles Darwin, *Origin of Species*. La posición de Acton, completamente desligado incluso de los correctores de la revista, quedó en una ficha: *We must not pursue science for ends independent of science. It must be pursued for its own sake, and lead to its own results* (29).

(27) LOUISE VON KUBELL: *Conversations of Dr. Döllinger* (Londres, 1892), 122-123, 138. ALFRED PLUMMER: «Recollections of Dr. Döllinger», *Expositor* (4.^a serie) (1890), 222, núm. 1, Add. Mss., 5.751.

(28) *Lord Acton and his Circle*, pág. 57.

(29) «No debemos cultivar la ciencia para fines independientes de la

Acton, que prefería tareas académicas, se interesó por el periodismo por considerarlo instrumento adecuado para el definido propósito de la reforma católico-liberal que creía necesario acometer. Se explica que, aun cuando todos los artículos publicados en *Rambler* no tuvieran un intento polémico, de todos se derivaban controversias. Los temas históricos, teológicos, políticos y educativos mantenían un tono consistente y firme, dentro del movimiento del catolicismo liberal. Se multiplicaron las acusaciones contra los editores de *Rambler*, rechazadas todas por Acton. Negaba su responsabilidad en las intenciones de los demás. Su única responsabilidad la aceptaba frente a la verdad; se resistía a dejarse arrastrar por quienes, faltos de fe, temían encararse con la verdad desapasionadamente. Esta actitud le impulsaba a escribir que no había razón para que los católicos se aferraran ciegamente a todos los detalles del Antiguo Testamento y para cerrar los ojos, obstinadamente, a los descubrimientos que iban haciendo los escriturarios. Bien estaba que los protestantes defendieran a ultranza el texto literal de la Biblia, por no tener otra autoridad. Pero no era éste el caso de los católicos, dado que aceptaban la autoridad de los Padres de la Iglesia, celosos intérpretes de los pasajes de importancia dogmática. La ciencia, en opinión de Acton, era hostil a los católicos sólo si éstos la rechazaban, permitiendo que fuera usurpada y monopolizada por sus enemigos.

A la pregunta ¿libertad religiosa o Estado cristiano?, Acton optaba por ambas cosas, porque, para él, el único carácter del Estado cristiano es la libertad. ¿Política y ciencia moderna o política medieval y escolasticismo? Y Acton respondía: Ciencia moderna, pero política medieval; ya que el escolasticismo es la prosecución de fórmulas estériles, a la par que la llamada política moderna se basa en las ideas absolutistas de la Antigüedad repulidas por la Reforma. La frase de los católicos liberales era: *A free Church in a free State* (30).

En la inflexible norma que seguía su mente, Acton atacaba la intolerancia católica y, asimismo, la intolerancia protestante. A te-

ciencia. Debe cultivarse por sí misma, y conducir a sus propios resultados.» Add. Mss., 5.732.

[30] «Iglesia libre en un Estado libre», la frase tuvo su mayor repercusión en el discurso pronunciado en el Congreso de Malinas por Montalembert, jefe de los católicos liberales franceses, en agosto de 1863.

nor de sus reflexiones, dejó escrito Acton que los protestantes desdénaron la estrategia católica de perseguir a los herejes como práctico expediente para lograr el orden civil y la unidad de la sociedad; pero introdujeron la idea de justificar la persecución por razones puramente especulativas y dirigida contra errores puramente especulativos. Si la persecución católica había sido sangrienta, la persecución protestante era la más corruptora del alma (31).

La posición de Acton, por lo que respecta a la unidad de Italia, queda condensada en la creencia de que el poder temporal era protección de la Iglesia contra el Estado, un monumento de su imperfecta victoria sobre las ideas mundanas; no tanto una ventaja como una necesidad, no tan deseable como inevitable (32). En diciembre de 1859 había escrito a Simpson: *I am afraid I am partisan of sinking Ships, and I know none more ostensibly sinking just now than Saint Peter's* (33). La Iglesia había vivido setecientos años sin territorio propio. Situación análoga podía ser posible, sin que temblaran, ni mucho menos, los cimientos de la catolicidad. El poder temporal, que no era una parte necesaria del sistema católico, debía ser abdicado graciosa y voluntariamente antes que los nacionalistas italianos se apoderaran de él. La crítica de Roma, por parte de Acton, no implicaba la aceptación de la historia tal como la leían los protestantes, y si bien los Estados Pontificios requerían reforma, la historia del despotismo y la disolución protestantes no proporcionaban modelo para esta reforma.

En junio de 1861 se enteró Acton de que la posición mantenida por *Rambler* referente al poder temporal no dejaría de ser combatida. En efecto, el cardenal Antonelli, secretario de Estado del Papa, insistió en que *Rambler* debía salir en defensa del poder temporal y atacar al partido liberal, que apoyaba a los nacionalistas italianos. Manning, aparentemente de acuerdo con Wiseman, se entrevistó con Acton para disuadirle a dejar el periódico a fin de no verse implicado en la censura que podía llegar de Roma. Acton

(31) Salta a la vista que ACTON se colocaba en el polo opuesto del personaje de ANTONIO MACHADO, cuando aconsejaba: «A la ética por la estética». (*Juan de Mairena*, pág. 35 de la edic. de Biblioteca Contemporánea, Buenos Aires, 1949.)

(32) *Rambler*, nueva serie, II, 1860, 137-154.

(33) «Temo ser partidario de barcos que naufragan, y de ninguno sé yo que naufrague más claramente ahora que el de San Pedro.» (*Lord Acton and his Circle*, pág. 113.)

se negó. Se había excluido de la revista a la teología; pero, «en la vida política —replicó a Newman— no nos amedrentaremos, supongo yo, ni por miedo ni por la amenaza de la excomunión, que nos impida hacer lo que estimamos es nuestro deber» (34).

Al poco tiempo, Acton, con el mismo cuerpo de redacción y las mismas ideas, transformó a *Rambler* en una revista más seria y científica aún, la que tituló *Home and Foreign Review*, que tampoco desarmó a los ultramontanos. Así, cuando en 1864 salió Acton en defensa del discurso pronunciado por Döllinger en el congreso de Munich, en septiembre de 1863 (35), en el que el alemán, atacando al escolasticismo, propugnó una filosofía independiente que trascendiera las barreras que separaban a las iglesias, un Breve Pontificio amonestó severamente al periódico (36). Cesó éste de publicarse en abril de 1864, como consecuencia del Breve. En el artículo *Conflicts with Rome*, firmado por Acton, declaraba: «Sería una equivocación abandonar principios que han sido bien meditados y son sinceramente mantenidos, y también habría sido una equivocación arremeter contra la autoridad que los contradice. Los principios no han dejado de ser verdad ni la autoridad deja de ser legítima porque ambos estén en contradicción. Someter el intelecto y la conciencia, sin examinar la razón y la justicia de este decreto, o rechazar la autoridad alegando su abuso, equivaldría de todos modos a pecar, por una parte contra la moral, por otra contra la fe...»

IV

EN PUGNA CON ROMA

La vida de Acton, que estamos imposibilitados de seguir paso a paso, se despliega con intensidad en el campo intelectual de sus elucubraciones, de las que procura hacer copartícipes a sus compa-

(34) Era el 2 de julio de 1861 (WARD: Newman, I, pág. 572.)

(35) *Home and Foreign Review*, IV, págs. 209-244.

(36) Contra la dialéctica abstracta, abogaba DÖLLINGER por una teología fundada sobre el progreso de la exégesis bíblica y de la historia del dogma. tesis ésta que podía invocar un precedente ilustre en la teoría del «Desarrollo del dogma», cuyo estudio había llevado a NEWMAN al seno del catolicismo. El Breve condenatorio de Pío IX lleva la fecha de 21 de diciembre de 1863.

tricios a través de conferencias, artículos y cartas. Su austeridad le hacía exigir plena responsabilidad a las decisiones humanas, por lo que se levanta en ocasiones más como moralista que como historiador. En su concepción de la vida se rastrea severidad rigurosa y lo mismo en sus juicios sobre los hombres del pasado, fueran éstos Papas o emperadores, ministros, clérigos o agitadores. Se comprende que se opusiera a la máxima de Schiller: *Die Welt-Geschichte ist das Welt-Gericht*, que identificaba el derecho con el acaecer histórico.

La publicación, en 15 de diciembre de 1864, del *Syllabus Errorum* y de la encíclica *Quanta Cura*, al margen del revuelo que produjo en la sociedad protestante y en la liberal, causó a Acton enorme quebranto espiritual. Por los documentos pontificios creyó descubrir que era herética la creencia de que sólo los dogmas sobre la fe ataban a los autores y a los maestros católicos, y que en las restantes materias eran libres de seguir los dictados de la ciencia, de la filosofía y de la historia; heréticas también las doctrinas de que el método y los principios escolásticos resultaban inadecuados para el mundo moderno; que la Iglesia debía renunciar al poder temporal y confiar más bien en la autoridad espiritual que en la coercitiva; que el poder temporal y otras inmunidades civiles eran hechos históricos originados en la autoridad civil; que los Papas y los concilios ecuménicos se habían excedido en sus legítimos poderes y que el Papado no estaba libre de culpa en la separación de las Iglesias; herética la afirmación de que el Estado tenía el derecho de vigilar la educación de la juventud y participar en las materias relacionadas con la religión, moralidad y gobierno espiritual; que era de desear la separación de la Iglesia y del Estado, la libertad de la prensa y la libertad de cultos; que había caducado la necesidad de mantener la religión católica como religión exclusiva del Estado, y que el Romano Pontífice podía y debía reconciliarse y ponerse de acuerdo con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna...

Para Acton, el *Syllabus* debía ser tomado por lo que era, un ataque a todas las ideas hondamente defendidas por el liberalismo. Exaltaba el *Syllabus* al escolasticismo, la monarquía absoluta, el Índice y la Inquisición. Era, en suma, un documento ultramontano leído a derechas únicamente por los ultramontanos (37).

(37) Add. Mss., 4.903, 4.905 y 5.018.

La semitranquilidad proporcionada por los canonistas al decirle que las encíclicas, por no contener los requisitos de autoridad infalible, no ataban de un modo total, decidió a Acton a publicar un semanario no religioso, *Chronicle*, dicho sea de paso, contando con los elementos anteriores, a los que se unieron otros del mismo matiz. Se propuso no discutir en absoluto temas religiosos. Era ello en otoño de 1866. Al año siguiente pasó a Roma con su esposa, la condesa María —hija del conde Arco-Valley—, y actuó de corresponsal italiano del semanario, como informador de acontecimientos, reseñista y ensayista, principalmente sobre temas en torno a la situación actual e histórica de la Iglesia. Los ensayos fueron sistemáticamente denunciados y atacados por los ultramontanos. Tampoco faltaron conflictos con la jerarquía eclesiástica.

Hacia esta época, entre 1866 y 1867, leemos otra, pudiéramos decir, sentencia de Acton acerca de la Inquisición, de las muchas que derramó en su obra, tan desperdigada. El objeto de la Inquisición no había sido la persecución del pecado ni del error. Sólo había perseguido la unidad, una unidad externa, ficticia e hipócrita. «El pecado más grave se perdonaba, pero merecía la muerte quien negara la donación de Constantino. Así aprendieron los hombres a otorgar una sumisión externa. Para promover autoridad más que fe. De lo que resultaba que las ideas eran más severamente castigadas que las acciones, pues durante los tiempos de Inquisición sabemos que la Iglesia suavizaba la ley criminal y libraba a los hombres de las consecuencias del crimen. La Donación se ponía al mismo nivel que la ley de Dios. Los hombres vieron que la autoridad precedía a la sinceridad» (38). Tras largas temporadas de estudio en los archivos de Roma y Viena, examinando los documentos del Concilio de Trento, sacó la conclusión de que el próximo Concilio debía ocuparse en abolir muchas de las llamadas reformas tridentinas, «reformas que habían perpetuado en la Iglesia un espíritu de absolutismo intolerante y de austera inmoralidad».

En febrero de 1868, *Chronicle* dejó de publicarse. En octubre de 1869, el catolicismo liberal adquirió otro órgano, *North British Review*. En el primer número, Acton colaboró ya con dos trabajos significativos, uno sobre el concilio convocado para el mes de diciembre, y otro sobre la noche de San Bartolomé, de 1572. Fi-

(38) Add. Mss., 5.536.

nalmente, a las puertas de 1870, se inaugura para Acton el mayor conflicto de los que sostuvo con Roma. Se trataba de la controvertida infalibilidad pontificia.

En octubre de 1869 publicó Acton su ensayo *The Pope and the Council* (39), resumen de un libro publicado recientemente en Alemania con el mismo título (traducido pronto al inglés), bajo el seudónimo de *Janus*, en el que se identificó a Döllinger. La argumentación, que sirvió como documento de la oposición liberal a la infalibilidad, se basaba en la distinción entre la idea de primacía de Pedro y el moderno Papado. Acton encontró demasiado tibia y demasiado suave la argumentación de *Janus*. Y, en consecuencia, escribió: *A man is not honest who accepts all the Papal decisions in questions of morality, for they have often been distinctly immoral, or who approves the conduct of the Popes in engrossing power, for it was stained with perfidy and falsehood; or who is ready to alter his convictions at their command, for his conscience is guided by no principles* (40).

Döllinger, el historiador alemán más destacado de su generación, no fué invitado al Concilio. Pero contó en Roma con dos amigos, discípulos suyos: Friedrich, que llegó con el cardenal príncipe de Hohenlohe, camarlengo del Papa, y Acton. Ambos proporcionaron a Döllinger el material con el que se forjó la obra literaria más perfilada en torno al Concilio y que constituyó, al mismo tiempo, uno de los mayores escándalos de Roma. De diciembre de 1869 a julio de 1870, en el *Allgemeine Zeitung*, apareció una serie de cartas firmadas con el seudónimo de *Quirinus*, que revelaron la intimidad del Concilio: documentos, entrevistas privadas y secretas, intrigas, esperanzas y temores. Acton y Friedrich, más el primero que el segundo, fueron los autores de las mencionadas cartas, a las que iba dando forma Döllinger. La discusión de estas cartas nos llevaría demasiado lejos. Distingamos tan sólo, sin entrar en detalles, los dos grupos en que se presentaron los setecien-

(39) En *North British Review*, CI, 127-135.

(40) «No es honesto el hombre que acepta todas las decisiones papales en cuestiones de moralidad, porque han sido éstas, con frecuencia, claramente inmorales; no lo es el que aprueba la conducta de los Papas para acrecer su poderío, ya que se ha manchado éste de perfidia y falsedad; tampoco el que se presta a alterar sus convicciones por mandato pontificio, porque demuestra que su conciencia no está guiada por ningún principio.»

tos cincuenta Padres miembros del Concilio: los infalibilistas, encabezados por Manning, arzobispo de Westminster, y los antiinfalibilistas, entre los que se destacaban Dupanloup, como obispo de Orleans y primer maestro de Acton; el arzobispo de Praga, Schwarzenberg; el arzobispo de Viena, Rauscher, y el arzobispo de Djakovar (Turquía), Strossmayer.

Ante las medidas tomadas por la Santa Sede en torno a la actividad de los teólogos y obispos participantes en el Concilio Vaticano, observó Acton que el Papa había dejado al Concilio únicamente «la función de aprobar». *Quirinus* —Acton-Friedrich— encargóse de informar al público de que los setecientos mil súbditos de los Estados Pontificios se hallaban representados por sesenta y dos obispos, que constituían la mitad o los dos tercios de cada comisión, mientras que un millón setecientos mil católicos polacos sólo estaban representados por el obispo de Breslau, que no había sido elegido para ninguna comisión; cuatro obispos napolitanos y sicilianos podían emitir más votos que los arzobispos de Colonia, Cambrai y París, que representaban un total de cuatro millones setecientos mil católicos. En las estadísticas eclesiásticas resultaba que veinte sabios alemanes contaban menos que un inculto italiano. «La predilección por la teoría de la infalibilidad está en exacta proporción con la ignorancia de sus abogados.»

Enumeremos otros, significativos, detalles puestos en evidencia por *Quirinus* en sus escandalosas cartas. Ordenada la conducción de los debates en latín, se condenaba al silencio a las nueve décimas partes de los prelados y a la mayoría del resto a la confusión, debido a las pésimas condiciones acústicas del lujoso salón donde se celebraban las sesiones. No contentos los elementos directivos de la Santa Sede con prohibir a los obispos el examen de las informaciones taquigráficas ni de sus propios discursos, se estableció rigurosa censura sobre toda la literatura utilizada durante el Concilio, y se abrió sin miramientos la correspondencia sospechosa de herejía o error.

Agotado por la larga lucha soportada bajo el terrible calor estival de Roma, sin paliar su derrota, Acton abandonó en junio la capital del catolicismo. Según datos recogidos en una memoria victoriana (41), el 13 de julio empezó la votación preliminar del

(41) ELIZABETH LECKY: *A Memoir of the Right Honorable William Edward Hartpole Lecky* (Londres, 1909), pág. 78.

Concilio. De los setecientos sesenta y cuatro obispos que se contaron en enero, quedaban, máximo, seiscientos noventa, de los cuales ochenta y ocho votaron *non-placet*; sesenta y dos, *placet juxta modum*, y de ochenta a noventa se abstuvieron. Decidió el grueso de la oposición alejarse de Roma, corporativamente, antes que aceptar el dogma sin dejar transcurrir algún tiempo. De ellos sólo dos obispos permanecieron, en la sesión pública del 18 —cuando el dogma fué solemnemente promulgado (42)—, para pronunciar las palabras *non-placet*, prestando luego su sumisión. Repite el historiador la frase acuñada por aquel entonces en Roma sobre que «los obispos habían entrado pastores en el Concilio y habían salido ovejas».

V

LIBERTAD DE CONCIENCIA Y LIBERTAD POLÍTICA

La inmunidad transitoria de que gozó Acton como laico exento de toda responsabilidad en la instrucción de la juventud, le permitió el lujo de censurar a los que se habían sometido o se disponían a someterse al decreto de la infalibilidad pontificia. En carta abierta a un obispo alemán que no se nombraba (43), recapitulando las conclusiones de la minoría opositora, recordaba Acton que el Concilio había sido «una conspiración contra la verdad y la ley divina» y que el dogma era más bien «un error que destruía el alma». Un paso de cordura en la senda de circunspección que adoptaría muy pronto —senda más en consonancia con su temperamento y formación— fué el largo ensayo publicado en la *North British Review* (44), en el que señalaba la existencia de quienes preferían confiar en la guía salvadora de Dios antes que precipitarse a un cisma. No desesperaba de librar a la Iglesia

(42) Como dogma divinamente revelado, proclama el decreto la infalibilidad del Papa cuando habla *ex cathedra*, lanzando paralelamente solemne anatema contra quien negara la infalibilidad.

(43) *Sendschreiben an einen deutschen Bischof des vatikanischen Concils*. IX-1870. Nordlingen. 1870. Fechada en Tegernsee. 30-VIII-1870.

(44) «The Vatican Council», en *N. B. R.*, núm. CV, X-1870; páginas 183-229. La traducción alemana, más extensa y enriquecida con notas, se publicó al año siguiente, en Munich, con el título de *Zur Geschichte des vatikanischen Concils*.

de los decretos, llevando a la conciencia de los católicos la razón que les movía a rechazar un Concilio «que ni era legítimo en su constitución ni libre en su actuación ni unánime en su doctrina». Decididos estaban, no obstante, a «observar moderación al enfrentarse con la autoridad de la que podían derivarse graves catástrofes».

Entretanto, Döllinger había escrito ya a monseñor von Scherr, arzobispo de Munich, justificando su negativa a someterse. Tres semanas después, Döllinger quedaba excomulgado. El 30 de mayo de 1871, Döllinger y otros sacerdotes recalcitrantes y algunos laicos —en cuya lista Acton ocupaba el quinto lugar— firmaron una especie de declaración de guerra contra el decreto, la *Declaración de Pascua de Pentecostés de Munich, 1871*, en la que rechazando los decretos promulgados en Roma, se reafirmaban los dogmas de la antigua fe católica. Era éste el prólogo de la organización de la iglesia de los «católicos viejos». Corrió el rumor de que la firma de Acton no era auténtica, pero lo cierto es que el interesado nada hizo para desmentir o rectificar el aserto. Repugnaba Acton los movimientos cismáticos, máxime si éstos se presentaban sectarios (45), por lo que, a la manera de Fénélon, acabó por someterse a la autoridad eclesiástica, aunque protestando en su fuero interno. En su opinión, los decretos llegarían a ser inocuos. Su reencaje en la sociedad católica inglesa fué, sin embargo, lento y penoso.

A requerimientos insistentes del cardenal Manning, una carta de Acton, probablemente fechada en la primera quincena de noviembre de 1874, intenta aclarar su situación: «Ante la duda que tiene usted a si soy realmente o sólo pretendo ser católico, debo contestar que, creyendo todo lo que la Iglesia católica cree, y con el propósito de no ocupar mi vida en estudios que no ayuden a la religión, a despecho de pecados y errores, soy un verdadero católico, y protesto de que no he dado a usted ningún fundamento para dudar. Si habla usted del Concilio, porque supone que yo me he separado en cierto grado de los obispos cuya amistad disfruté en Roma, que se opusieron a los decretos durante la discu-

(45) Los «católicos viejos» se apresuraron a erigir nueva jerarquía: abolieron, además, el celibato eclesiástico y la confesión auricular. El arzobispo jansenista de Utrecht consagró al primer obispo de la nueva iglesia de «los viejos católicos» de Alemania.

sión, pero que los aceptan ahora que ya ha terminado, usted ha comprendido mal mi posición. Yo he prestado obediencia a la constitución apostólica que comprende esos decretos, yo no he transgredido y conscientemente no violo las obligaciones impuestas bajo la suprema sanción de la Iglesia. Yo no creo que haya una sola palabra en mis cartas públicas o privadas que contradigan ninguna doctrina del Concilio, pero si existe, no representa mi pensamiento y deseo que se borre.»

Que no las tenía todas consigo lo demostraba Acton el 13 de abril de 1875 en carta escrita a la señora Blennerhasset, cuando, apremiado nuevamente por Manning, escribe: «Estoy a merced de las autoridades —Papa, cardenal, obispo o sacerdote— cuando me excomulguen... Sólo será cuestión de tiempo.» Consignemos que no aquilató Acton la prudencia de Roma, puesto que no fué excomulgado. Mucha luz echan sobre el estado de espíritu de Acton, durante el invierno de 1874-1875, las memorias de otro victoriano (46): «Lord Acton me dijo que él no creía y no podía creer en la infalibilidad del Papa, tal como se había decidido, como Döllinger, que había declarado que más bien estaba dispuesto a creer que dos y dos eran cinco. Decía que había pensado en sostener un capellán privado con sus mismos sentimientos y actuar como si el Concilio Vaticano no se hubiese celebrado.»

Acton, que en carta a Simpson, de junio de 1858, había escrito que «la teología no era una ciencia estática», se reveló único en la tentativa de conciliar la religión católica con la libertad en el campo científico y cultural. Se comprende que así fuera si tenemos en cuenta su obsesión de alcanzar la preservación de una esfera interior a salvo o al margen del poder, ya del Estado, ya de la Iglesia. Partidario del gobierno constitucional, tenía la fe puesta en el progreso continuo, en el constante ensanchamiento y profundizamiento de la libertad. Por esta misma razón odiaba las revoluciones, por significar bruscas soluciones de continuidad histórica en el lento, pero seguro desenvolvimiento de las instituciones sociales y políticas.

Textualmente escribe en una carta: «La revolución es el gran

(46) MEYRICK, FREDERICK: *Memoirs of Life at Oxford, and Experiences in Italy, Greece, Turhey, Germany, Spain and Elsewhere*. Londres, 1905.

enemigo de la reforma. Hace imposible una reforma sensata, positiva y justa» (47).

En la base de la reforma política a que aspiraba por el momento, estaba la admisión, en la Cámara de los Comunes, de representantes de *todas* las clases sociales, desde la más elevada a las más pobres, contrariamente a la doctrina preconizada, y seguida, en el continente, por Guizot (48). Remachando su convencimiento en lo apuntado líneas arriba, escribe Acton: «Toda libertad consiste *in radice* en la preservación de una esfera interior exenta del poder del Estado. Tal reverencia a la conciencia es el germen de toda libertad civil, y en este camino se vió servida por la Cristiandad. Quiere esto decir que la libertad ha crecido de la *distinción* («separación» es vocablo inapropiado) entre Iglesia y Estado» (49). Y exprimiendo el jugo de ideas muy carne de su espíritu, recogemos de Acton su concepto de la libertad, «la seguridad de que todo hombre se sienta protegido para hacer lo que crea su deber contra la influencia de la autoridad y las mayorías, la costumbre y la opinión». Un espíritu generoso —liberal— como el suyo prefería que su país fuera pobre, débil, sin importancia, pero libre, más bien que poderoso, próspero y esclavo. Y advierte que «es un mal ser oprimido por una minoría, pero es peor aún verse oprimido por una mayoría» (50).

Desde su temprana juventud mostró Acton el propósito y la ambición de escribir una historia universal, para la cual su aprendizaje al lado de Döllinger, su acervo idiomático, la dedicación regular a las más diversas disciplinas, el estudio, la tenacidad y la seriedad sin límites conjugaban en él un cúmulo de elementos (51) que le facilitaban la tarea. Pero pasaron los años sin aco-

(47) *Lord Acton and his Circle*, pág. 142.

(48) *Ibidem*, pág. 145.

(49) *Ibidem*, 154.

(50) *Letters of Lord Acton to Mary, Daughter of the Right Hon. W. E. Gladstone*. Edic. con una introducción de HERBERT PAUL. Londres, George Allen, 1904; pág. LVII.

(51) *En resumèn: pasión por la historia, método germánico de investigación puntillosa y de seriedad científica; meticulosidad enervante para el promedio del hombre latino, erudición extraordinaria y conocimiento directo de la vida y de la política de su tiempo.*

meterla. Otros proyectos se sucedieron: una historia de los Papas en la Edad Moderna, una historia de los orígenes de la constitución americana y su comparación con las democracias del mundo antiguo, una historia del Índice, una colección de cartas históricas, una obra monumental con el título *De Rebus Catholicis in Anglia* (tenía materiales para seis volúmenes), otra sobre el Concilio de Trento; finalmente, una obra de vastas proporciones, la *Historia de la libertad*, que le permitiría concentrar en un foco los diversos proyectos anteriores...

Hasta 1877, el 26 de febrero y el 28 de mayo, respectivamente, no dió forma provisional a este último proyecto. Fué en dos conferencias leídas en la Bridgnorth Institution: *The History of Freedom in Antiquity* y *The History of Freedom in Christianity*. Observemos que la mayoría de sus ensayos, notas y correspondencia están relacionados de un modo u otro con esta Historia de la Libertad, que ha llegado hasta nosotros como *the greatest book that never was written*. El comentario minucioso de las dos conferencias citadas esboza claramente el pensamiento que, de haberse escrito, hubiera inspirado la proyectada obra de Acton.

El principio de la primera conferencia sienta ya la tesis fundamental: *Liberty, next to religion, has been the motive of good deeds and the common pretext of crime, from the sowing of the seed at Athens, 2460 years ago, until the ripened harvest was gathered by men of our race* (52). El desarrollo y explicación razonada de muy diversos momentos del pasado humano fundamentaban la tesis expuesta. No se muestra Acton optimista como el historiador Buckle, que concebía la historia como la invariable victoria de la verdad sobre el error, de la progresiva conquista por el intelecto de la naturaleza física y humana. Se asemejaba Acton más bien a Tocqueville en cuanto a respetar la religión, aprobar la aristocracia y manifestar su disgusto por la democracia. Sin embargo, no compartía los temores de Tocqueville de que la religión y la aristocracia, condiciones necesarias de la libertad, estuvieran fuera de lugar en el mundo moderno. No creía

(52) «La libertad, después de la religión, ha sido el motivo de buenas acciones y el común pretexto de crímenes, desde la siembra de la siembra de Atenas, dos mil cuatrocientos sesenta años atrás, hasta la madura cosecha recogida por los hombres de nuestra raza.»

tampoco, como el francés, que la democracia, la igualdad y la centralización sumergieran a los hombres en un lodazal de despotismo. Para Acton, la historia de la libertad era una sucesión de ganancias y pérdidas, pero tenía la firme confianza en que la idea de libertad, como la de moralidad, nunca se perdería. La libertad no dependía de una sola idea ni de una sola institución; todas las ideas e instituciones dependían de ella.

Puntualicemos: para Acton, la condición necesaria para la libertad era la monarquía, y no la monarquía muda y escueta, sino la monarquía por la gracia de Dios. En su opinión, la libertad estaba segura únicamente cuando toda la autoridad se basaba en una ley y estaba definida por ella, una ley inaccesible a todo cambio arbitrario, una ley divina, derecho objetivo, anterior a toda ley humana y superior a toda voluntad humana también. La presencia de una aristocracia en países con monarquía divina la aducía como prueba de la legalidad y liberalidad del Gobierno, porque una aristocracia significaba que otros, aparte del rey, participaban en el poder. El verdadero Gobierno de fuerza brutal no era la monarquía, sino la democracia. «La democracia es el Gobierno de los más fuertes, como lo es el despotismo militar. Este es el eslabón que une a los demás. Son formas brutales de Gobierno, y como la fuerza y la autoridad van juntas, necesariamente son arbitrarias.»

Acton dió dos grandes principios divisores del mundo, luchando por el dominio: la antigüedad y los tiempos medios, y él se mantuvo fiel a los tiempos medios. La antigüedad personificaba el principio del poder absoluto, la identificación del Estado con la Iglesia y la ley subordinada a los hombres; los tiempos medios personificaban el principio de la libertad con la Iglesia y el Estado distintos, aunque relacionados, y la autoridad al servicio de la ley. La virtud de los tiempos medios estaba en que era una sociedad orgánica, por ser corporativa, y cada corporación, con poder social en su propia esfera, estaba representada en el Estado.

Leal y fiel para con sus maestros —con Döllinger durante veinte años—, en 1876 escribía al gran teólogo alemán: «Yo no soy sino lo que usted ha hecho de mí, y subsisto de las migajas de su abundante mesa. El lustre de su nombre, el recuerdo de sus palabras, el estudio de sus ideas me ha dado la reputación aquí

[Inglaterra] que yo no merezco» (53). Hacia 1869 había surgido ya una primera discordia, al acusar Acton a *Janus* haberse mostrado demasiado suave con los ultramontanos. Olvidado el incidente, confesaba el propio Döllinger que únicamente con Acton podía confiarse y sólo a él declarar sus más íntimos pensamientos. Sabemos que durante el Concilio Vaticano trabajaron juntos, y cuando Döllinger quedó excomulgado y Acton no, la realidad reflejó más una diferencia de situación que de opinión. A despecho de la enrarecida atmósfera en que vivió Döllinger, entre los católicos viejos, Acton siguió considerándole el portavoz del catolicismo liberal, y en 1874 le animaba a exponer las raíces del ultramontanismo. Las diferencias se agudizaron a partir de 1876 por ser Acton —hacemos hincapié en ello— más radical que Döllinger.

En 1879, con motivo de un artículo necrológico, artículo puramente convencional a raíz de la muerte de monseñor Dupanloup, la divergencia con Döllinger, hasta cierto punto condescendiente, aumentó. Acton no podía perdonar a su primer maestro el haber defendido el *Syllabus* y el haber adoptado una posición de compromiso durante el Concilio Vaticano. «Los hombres están siempre divididos por más puntos de los que se imaginan. El tiempo trae ocasiones que ponen en evidencia sus diferencias. Todo colega de hoy es un futuro oponente con sólo que viva unos pocos años» (54). Doble interés tiene, para el historiador, esta creciente divergencia que separa más y más a Döllinger de Acton. Para éste, el gran pecado del teólogo alemán consistía en no haberse liberado del romanticismo y del relativismo moral, que le inducía a sumirse en cada edad, nación e ideología; a juzgar a los hombres por sus propios códigos y autoridades (55). Las divergen-

(53) WOODWARD, E. L.: «The place of Lord Acton in the liberal movement of the Nineteenth Century», en *Politica*, IV, 1939; pág. 249.

(54) Add. Mss., 4.939. Curioso e interesante, para nosotros, el juicio de EMILIO CASTELAR, siete años antes, acerca del renombrado obispo de Orleáns. Nuestro gran repúblico y orador le define así: «Fogoso, batallador, siempre en guerra, ya con los liberales, ya con los ultramontanos, inclinado a veces al más intolerante ultramontanismo, y a veces a las ideas galicanas más exageradas; lo que en sus discursos, en sus pastoraes, en todas sus obras hay, es pasión, mucha pasión.» (EMILIO CASTELAR: «El obispo de Orleáns (Mons. Dupanloup)», en *Semblanzas Contemporáneas*. Habana, La Propaganda Literaria, 1872; pág. 14.)

(55) Add. Mss., 4.905, 4.907, 4.914.

cias, consignémoslo para terminar este apartado, aumentan, si cabe, en los once años que separan la muerte del primer maestro de Acton de la de su segundo maestro.

En su inflexibilidad moral veía Acton la consecuencia necesaria de un genuino humanitarismo. Döllinger, por el contrario, no descubría en ella sino la huída de una mente fanática e inhumana. A tal extremo de acritud llegó la discordia entre ambos prohombres, que partió de Döllinger la sugerencia de «poner fin a sus conversaciones durante esta vida...». La paradoja estaba en ver al católico Acton esforzándose en sermonear al excomulgado Döllinger, extremadamente condescendiente, según aquél, para con los ultramontanos.

Citemos, finalmente, el hecho quizá más típico para ilustrar la inflexibilidad de Acton. El sacerdote, y más tarde obispo anglicano, Mandell Creighton, envía a Acton los dos primeros volúmenes de su *History of the Papacy during the Period of the Reformation*, con el ruego de que los reseñara. Así lo hizo nuestro héroe en la revista *Academy*, diciembre de 1882. Deseaba Creighton que le señalara los defectos el único inglés capaz de hacerlo. Acton le señaló el de la *laxitud moral* al escribir historia. Desde entonces cruzóse entre ambos una larga correspondencia. Tres años después entraba Acton en la redacción de la *English Historical Review*, de la que Creighton era redactor jefe (*editor*). Al aparecer otros dos volúmenes de la *History* antes citada, rogó el autor por segunda vez a Acton que los reseñara, y precisamente en la revista por él dirigida (56). Disponiendo de mayor espacio que la vez primera, dió Acton libre curso a sus instintos... críticos. Consignemos que la primera redacción del comentario de Acton, huérfano incluso de la cortesía que suele ser de rigor en las controversias académicas, estuvo a punto de publicarlo Creighton. Juzgó éste el comentario de «violento, apasionado e incoherente», y, con todo, estaba ya dispuesto a insertar aquel ataque contra sí mismo en su propia revista —ataque previamente pedido— cuando Acton, creemos que después de un examen de conciencia, tuvo la buenísima idea de modificar el comentario, suavizando algunos términos.

(56) Creighton's "History of the Papacy", vol. II, 1887; págs. 571-581.

VI

MADUREZ POLÍTICA Y CIENTÍFICA

«Usted sabe lo incapaz que soy de escribir con prisas», confiesa en una carta el 16 de diciembre de 1858. La frase (57) ilustra lo suficiente la idiosincrasia de Acton para comprender los exagerados escrúpulos científicos que le impidieron dar cima a ningún proyecto de largo aliento. Registremos una vez más, en 1878, los grandes planes que alimentaba para su obra sobre la *Historia de la libertad*, algunos de cuyos episodios llegó incluso a exponer a sus amigos. Siguió, sin embargo, aplazando la redacción, hasta el punto de que en 1882 la situación continuaba estacionaria.

Con el título de un cuento de Henry James bautizó su obra. La *Madona del futuro* fué en adelante su obsesión. Como el pintor creado por la imaginación del novelista norteamericano, también Acton pasaba la vida dedicado a una sola y magnífica pintura. Y en el caballete, a la hora de la muerte, se descubría en ambos casos una... tela blanca. Sentía Acton frenada de continuo la mano por la para él ineludible necesidad de compulsar datos y agotar las materias relacionadas con su tema. Además, a los requerimientos de sus amigos replicaba que todas las semanas aparecían libros nuevos que arrojaban luz o insospechadas dificultades para el tema en cuestión. Así se explican sus centenares de recensiones y los millares de fichas y notas en que desparramó su infatigable investigación, su nunca satisfecha curiosidad, sus... «pueriles» escrúpulos, pudiéramos decir, si no nos hubieran éstos robado las obras capitales que era lógico esperar de Acton.

Enemigo de las respuestas convencionales, se distinguió de muchos pensadores por haber viajado «hacia atrás» en el mundo especulativo. Aquellos pensadores habían progresado de la incredulidad a la fe. Acton, que empezó sus pasos en la ciudadela de la fe católica y romana, viajó en la dirección opuesta, y en la misma medida que aquellos se despojaron de sus optimistas ilusiones sobre ciencia y progreso, Acton quiso descargarse de los que él llamaba «escándalos de la Cristiandad».

(57) *Lord Acton and his Circle*, pág. 44.

A partir de 1880 dejó Acton de pasar largas temporadas en su casa de campo de Shropshire. Cuando no permanecía en Londres, alternaba sus estancias en Alemania y en la Riviera. En cada uno de sus tres domicilios, y al margen de su gran biblioteca de Aldenham, disfrutaba de otras tres, respectivamente, en Londres —primavera y verano—, Cannes —durante el invierno— y Tegernsee, en Baviera —los meses de otoño—. Una existencia cosmopolita, en verdad, a la que estaba acostumbrado desde la niñez, y en la que no podemos seguirle por el limitado espacio de que disponemos.

Prescindiendo de cuestiones de indudable trascendencia para la total comprensión de la personalidad de Acton (58), recordémosle no como fenicio de la vida —actitud que le vedaba su exagerada austeridad—, pero sí como fracasado profesional de la política. Acton, un «irreconciliable», según la definición de Henry Maine, estaba poseído por la política con idéntica furia que impulsara, siglos atrás, a los discípulos de una fe religiosa. Su liberalismo le inmunizaba de toda duda. En una carta a Mary Gladstone, de 18 de diciembre de 1884, llegó a confesarle su propia pluma: *«Have you not discovered, have I never betrayed, what a narrow doctrinaire I am under a thing disguised of levity...? Politics comes nearer than religion with me, a party is more like a Church, error more like heresy, prejudice more like sin, than I find it to be with better men (59).*

Contra los frívolos comentarios de sus contemporáneos en torno al sistema de gobierno a base de partidos, en turno más o menos pacífico, predicaba Acton la doctrina de que el partido polí-

(58) Enumeremos algunas: teoría de la conciencia; tradiciones políticas inglesas y americanas; Estado, Gobierno y democracia; socialismo, nacionalismo y poder; el factor económico.

(59) «¿No ha descubierto usted, no he traicionado yo nunca la estrechez de mi doctrinarismo bajo un ligero disfraz de liviandad...? Estoy más cerca de la política que de la religión, un partido es para mí más que una iglesia; considero el error más que la herejía, el prejuicio más que el pecado, mucho más de lo que suele suceder a hombres mejores que yo.» Puntualicemos la ironía del término de la frase, pues nunca creyó mejores los hombres que pensaran de manera diferente a la suya. Con DÖLLINGER, por ejemplo, rompió por no aceptar éste la política con la misma seriedad que la religión.

tico era un instrumento de salvación o de condena. Tomadas las cosas como él las veía, se comprende que al identificar al partido conservador con un interés económico especial, escribiera que *the best conservative is an American Republican, the best liberal is a divine* (60). El liberalismo estaba por completo desinteresado de los motivos económicos; se regía por principios, se movía por encima de todo sectarismo.

En Gladstone veía la única figura capaz de reconciliar la democracia con la libertad. A pesar de sus recelos con respecto a la primera, saludó con alegría las *Reform Acts* de 1869 y de 1884, y se negó siempre a aceptar que el monopolio de la virtud y de la sensatez política correspondiera a las clases elevadas. La participación del pueblo en el Gobierno era un derecho moral y una afirmación de libertad. Más aún: durante una huelga, Acton llegó a defender a los empleados y a condenar a las sociedades como coercitivas e ilegales, argumentando luego que los conflictos entre el trabajo y el capital debían ser decididos por la normal operación de la oferta y la demanda. El hombre, en definitiva, tenía que ser considerado como fin en sí mismo, independientemente de su clase (61).

La propiedad no era para él un derecho sagrado. La primogenitura, que en tiempos había representado un gran servicio político, en los modernos sólo perduraba para confundir la autoridad con la propiedad, y preparar así el camino de la teoría de la legitimidad, manantial del torismo. En su biblioteca de Aldenham se encontraron sendos ejemplares de *Das Kapital* y de *Zur Kritik der politischen Oekonomie*, subrayados de mano del propio Acton. En notas diversas da mayor categoría a Engels que a Marx, por considerarlo el único socialista alemán capaz de crear una filosofía de la historia. Alabó a Engels, además, por ser el mejor conocedor

(60) «El mejor conservador es un republicano norteamericano; el mejor liberal, un teólogo.» (Add. Mss., 4.957.)

(61) He aquí una frase característica de su preocupación social: *There is no liberty where there is hunger... The theory of liberty demands strong efforts to help the poor. Not merely for safety, for humanity, for religion, but for liberty.* («No hay libertad donde hay hambre... La teoría de la libertad exige grandes esfuerzos para ayudar al pobre. No solamente por seguridad, por humanidad, por religión, sino por la libertad.») (Add. Mss., 5.500.)

de la historia de la ciencia económica, después de Wilhelm Roscher, padre de la escuela histórica de la economía política (62).

Frente al racismo, como filosofía y como programa, del que se podría derivar la política más peligrosa para la libertad humana, asegura Acton —pensando concretamente en la doctrina racial de Gobineau— que era *one of many schemes to deny free will, responsibility and guilty, and to supplant moral by physical forces* (63). También se oponía al nacionalismo, por no considerarlo objetivo supremo del hombre. *The nations aim at power, and the world at freedom* (64). En uno y otro de los temas aludidos en este párrafo se adelantó a perfilar los males que en la primera mitad de nuestro siglo XX hemos vivido. Particularmente interesantes fueron sus reacciones frente a la injusticia inglesa en la India, en Africa y en Irlanda.

Y, sin embargo, con todo el bagaje científico, mundano y moral que le adornaba, fué Acton un político fracasado, debido probablemente a la extremada finura y agudeza de ese mismo bagaje. Una frase, más bien un lamento, se le escapa un día al planear la publicación de los materiales relativos a la historia del catolicismo inglés: «¡Si pudiera abandonar el Parlamento de una manera decente y hundirme en mis libros...!» En el binomio política activa y especulación científica sobre la política, el peso de la balanza se inclinaba, indudablemente, sobre la última.♦

Acton, lord Acton desde noviembre de 1869 (65), recibe el título de doctor *honoris causa* de Filosofía de la universidad de Munich, en 1872. En 1873 se pensó seriamente en él para la embajada inglesa en Berlín, nombramiento que no se llevó a cabo

(62) En esta materia, véanse los luminosos extractos y comentarios de G. E. FASSNACHT, en *Acton's political Philosophy* (Londres, Hollis and Carter, 1952), págs. 207-221.

(63) «Uno de los muchos esquemas para negar el libre albedrío, la responsabilidad y la culpabilidad, y para suplantar las fuerzas morales por las físicas.» (Add. Mss., 4.940.)

(64) «Las naciones tienen por objetivo el poder, y el mundo la libertad.» (Add. Mss., 4.981.)

(65) Por recomendación de Gladstone, entonces primer ministro, a la reina Victoria. Señalemos en nota que ACTON, en la Cámara de los Lores, mantuvo la misma actitud silenciosa adoptada en los Comunes.

en contra, se ha dicho, de los intereses de la Gran Bretaña. Posteriormente, en 1888, fué Acton nombrado doctor *honoris causa* de Leyes en Cambridge; en 1889, de Derecho civil en Oxford; en 1890, por fin, entró como *Honorary Fellow* del célebre colegio All Souls, de Oxford también. En 1892, cuando Gladstone organizaba su último ministerio, fué designado Lord-in-Waiting, al servicio de la reina, quien supo apreciar sus dotes de gran conversador, no sólo por sus gustos y simpatías alemanes, sino porque hablaba en alemán con la misma fluidez que en inglés. Acton seguía siendo un caso insólito en distintas esferas: un católico en malas relaciones con la jerarquía eclesiástica, un político sin cartera, un historiador sin cátedra.

Por ironías del destino, sólo hasta 1895, a la muerte de Sir John Seeley y por recomendación de lord Roseberg —Gladstone se había opuesto por excesivos escrúpulos—, lord Acton recibió la recompensa largo tiempo merecida de *Regius Professor* de historia moderna en Cambridge. Por primera vez, después de sus años juveniles en Munich, se encontró Acton en un ambiente académico. Su lección inaugural —*A Lecture on the Study of History*— versó sobre la necesidad de una filosofía de la historia que había de dilucidar «la unidad de la historia moderna». Para Acton era la historia algo más que una mera narración de acontecimientos: era filosofía de los orígenes y de las causas que determinan los acontecimientos, y la historia moderna tenía máximo interés no sólo porque rompía con el pasado, asegurando el predominio de la opinión sobre la creencia establecida y luego del conocimiento sobre la opinión, sino, también, porque es narración sobre nosotros mismos, con todos los temas incompletos y todos los problemas aún por resolver. Entre las muchas sugerencias que suscita su lección inaugural, señalemos su tajante postura frente a la comodísima, tan leída, en manuales y no manuales, de explicar y excusar los hechos de la historia de acuerdo con la tónica de los tiempos a que pertenecen. Para Acton, una acción malvada lo era siempre, sin atenuantes, en conformidad con los cánones de la justicia eterna.

Salta a la vista que su profesorado en Cambridge truncó para siempre, con la absorbente ocupación que le exigía la meticulosa preparación de las lecciones, su dorado sueño de una historia de la libertad, centrada, al parecer, en el objetivo de demostrar que

la libertad humana, cada vez más amplia, era el resultado de las luchas religiosas y políticas iniciadas en la época pagana y proseguidas hasta fines del XIX. He aquí un resumen de las lecciones dadas por Acton, de 1895 a 1901: La Revolución Francesa; Formación del Estado Moderno; El Renacimiento, la Contrarreforma; Calvino, Enrique VIII, los hugonotes, Enrique IV; Richelieu, Guerra de los Treinta años, Revolución Puritana; Aparición de los *whigs*, revolución inglesa; Luis XIV, ascensión de Prusia y Federico el Grande; Revolución Americana.

La fama de Acton en el mundo de la erudición creció enormemente en el transcurso de estos intensos cursos universitarios. Como radical y austero (66) filósofo de la historia, defensor, en cierto modo, de la revolución —con distingos en los que no puedo demorarme— y aparte sus conferencias, quemó Acton los últimos años de su vida en la *Cambridge Modern History*, calificada por él —cuando iba bosquejando y estructurando sus diversas partes— como la historia décimonona legada al siglo XIX. Debía atesorar: una historia universal, una historia científica y objetiva y una historia de las ideas. Frente a su optimismo, y como en otras empresas de Acton, se puso de manifiesto una lamentable disparidad entre el esfuerzo y el resultado. El trágico destino de Acton fué el de ser conocido por muchos pueblos únicamente como editor de la *Cambridge Modern History*. En abril de 1901 sufrió Acton el ataque de parálisis que puso punto final a todo su trabajo. Se canceló la conferencia que debía pronunciar en Oxford, se suprimieron las que tenía anunciadas en Cambridge y la *History* pasó a otras manos. El 19 de junio de 1902 dejaba de existir. Y no en Inglaterra, sino en Tegernsee, en el continente. Los acontecimientos trascendentales de su vida, empezando por el nacimiento en Nápoles, no tuvieron por escenario el suelo inglés. Contaba, el día de su fallecimiento, sesenta y siete años. Fué enterrado al lado de su hija, cuyo túmulo había consolado con las siguientes palabras: *Be glad, my child, you will soon be with Jesus Christ* (67).

(66) El epigrama rector de su sugestiva mente es el que afirma: *Power tends to corrupt and absolute power corrupts absolutely.* («El poder tiende a la corrupción y el poder absoluto corrompe absolutamente.»)

(67) «Regocijate, hija mía, pronto estarás con Jesucristo.» (*Letters of Lord Acton to Mary, Daughter of... Gladstones*, pág. LXXV.)

Transcurridos cincuenta y cinco años, se levanta lord Acton como el mayor y más certero profeta de los tiempos que nos ha tocado vivir. Se presenta a nuestros ojos con una serie sorprendente de contradicciones: liberal de corazón, que dedicó su vida al estudio de la historia de la libertad —el más grande libro que nunca se escribió (68)—, se revolvió contra las complacencias liberales de su edad y predijo las violencias del racismo, del nacionalismo y del totalitarismo; católico practicante que deploró el auge de la secularización, combatió a lo largo de su vida las tendencias autoritarias de la Iglesia católica; el pensador de más vasta y reconocida erudición de su generación, adelantado en la historia de las ideas, no escribió un solo libro como tal, sino multitud de ensayos, artículos, conferencias, recensiones y cartas. Los centenares de cuadernillos, los millares de notas, con material e ideas bastantes para componer docenas de volúmenes, los ofreció a la biblioteca universitaria de Cambridge para que un estudioso, después de su muerte, acometiera la obra que él no había conseguido redactar. Nadie lo ha intentado todavía.

Rara combinación de pesimista y moralista, estuvo Acton en oposición constante al optimismo y materialismo de sus tiempos victorianos. Por eso se le considera contemporáneo. ¿Por qué fracasó, siendo un talento prodigioso y disfrutando de una brillante situación? Por su irresistible voluntad de perfección. Así como su enorme erudición frustró su productividad, sus exagerados escrúpulos morales le hicieron sospechoso en el seno de su comunidad religiosa. Como católico liberal resulta demasiado liberal para los católicos y demasiado católico para los liberales. Aun aceptando el catolicismo romano como Iglesia universal y los dogmas de ésta como verdaderas manifestaciones de la tradición y de la autoridad, combatió la historia de la Iglesia y la política que ella seguía. Sostuvo, ciertamente, que la religión era la esencia de la historia, pero no quiso admitir la religión como institución. No se identificó tampoco con ninguna de las grandes corrientes ideológicas de su generación (69). Inmerso en el centro de la vida intelectual,

(68) *The greatest book that never was written.*

(69) Ni con el secularismo de MILL y MORLEY, ni con el positivismo de COMTE y BUCKLE ni con el protestantismo ascético de MATTHEW ARNOLD.

política y religiosa de su tiempo, y en relación directa y asidua con las más prominentes personalidades tenía razón para quejarse de su aislamiento (70). Fué, como dijo Morley, «un enigma en pie».

R. OLIVAR BERTRAND

Profesor de la Universidad N. del Sur
(Argentina)

R É S U M É

Lord Acton est né le 10 janvier 1874 à Naples, il était le fils unique de Richard Acton et de l'héritière de la famille allemande des Dalberg. Ceci le faisait seulement moitié anglais car il se considérait européen, chose rare pour un fils de la Grande-Bretagne. Sa connaissance de plusieurs langues, ses fréquents voyages, son catholicisme lui permirent de se sentir libre des préjugés traditionnels chez les insulaires. Les secondes noces de sa mère lui donnèrent pour beau-père le Comte de Gravelle, personnalité importante de la politique whig, libre-échangiste, flexible et tolérant ce qui facilita encore plus son cosmopolitisme. Etudiant à Oxford, à Edimbourg et à Munich, sa personnalité resta liée à celle de Dollinger dans lequel Lord Acton trouva la révélation des vérités de la philosophie, de la religion et de l'histoire. Il voyagea avec lui à travers toute l'Europe, il connut l'Amérique du Nord avec son parent Lord Ellesmere ce qui lui donna l'occasion de connaître les personnalités de Harvard et il alla en Russie avec son beau-père. Il se fit connaître partout comme un homme de suprême habileté et d'exquis savoir-vivre aussi bien dans les milieux scientifiques que dans les milieux aristocratiques.

Il fut le représentant du catholicisme libéral en Angleterre. Pendant le XIXème siècle les catholiques anglais avaient réussi à se libérer de la position d'infériorité subie pendant trois siècles vis à vis des anglicans. Bientôt deux tendances apparaissent au sein de la minorité catholique: ceux qui rêvaient de l'exaltation pontificale et de la recrudescence de la dévotion catholique, y compris ce qu'il y avait en elle d'opposé aux traditions et aux

(70) *I am absolutely alone in my essential ethical position.* («Estoy absolutamente sólo en mi esencial posición ética.») (Add. Mss., 5.403.) *I never had any contemporaries.* («Nunca tuve contemporáneos.») (Letters of Lord Acton to M. G., 3 de abril de 1881.)

préjudices britanniques, et ceux qui défendaient un équilibre doctrinal et qui luttèrent pour diminuer les différences qui éloignaient les catholiques des anglicans. Ils étaient d'accord avec les libéraux anglicans sur la défense d'une Eglise indépendante du pouvoir civil, établie par Dieu et non comme une dépendance de l'Etat chargée des affaires religieuses de la nation. L'amitié entre Acton et Gladstone s'explique ainsi par exemple.

Lord Acton a vécu intensément le monde politique de son époque. De fait la politique fut pour lui la première question fondamentale. Contre le nationalisme démocratique et révolutionnaire il défendait la nationalité comme un élément essentiel de l'Etat mais non le suprême. La liberté et la civilisation dépendent de l'hétérogénéité des nations dans l'Etat. Cette théorie corrobore une autre, favorite d'Acton: la liberté est ancienne et le despotisme moderne. Mais en récusant le nationalisme démocratique il ne récuse pas la démocratie, car pour lui la participation du peuple dans le gouvernement était à la fois un droit moral et une affirmation de liberté.

Une qualité essentielle d'Acton était son amour pour la vérité et le fait de la proclamer dans toutes les occasions. On s'explique ainsi qu'il ait approuvé les concessions de Gladstone aux boers et l'évacuation de l'Egypte par les Anglais, qu'il ait critiqué Philippe II pour avoir considéré n'importe quel moyen légitime si c'était pour le service de l'Eglise, qu'il ait soutenu que la corruption n'était pas moins mauvaise du fait qu'elle ait lieu dans l'Eglise Catholique...

Ces brèves considérations nous font penser que Lord Acton mérite une biographie qui n'a pas encore été écrite. C'est un contemporain pour nous par sa vie et ses idées. Il fut une contradiction vivante qui vaut la peine d'être connue, car il était jugé trop catholique pour les libéraux et trop libéral pour les catholiques. Malgré sa position au centre de la vie religieuse, intellectuelle et sociale de son temps, personne ne fut plus seul que lui dans ses positions essentielles.

S U M M A R Y

Lord Acton was born the 10th January 1874 in Naples, only son of Richard Acton and the heiress to the German Dalberg title. This meant he was only 50 % English and he considered himself

European, which is very rare for a son of Great Britain. His knowledge of various languages, his frequent journeys, his catholic religion made it easy for him to escape from traditional English prejudices. His mother married again and the Count of Graville, his stepfather, was a prominent figure in Whig politics, a free-trader, both flexible and tolerant which all helped to facilitate his cosmopolitanism. A student at Oxford, Edinburgh and Munich, his personality remained attached to that of Döllinger in whom Lord Acton saw the revelation of the truth of philosophy, religion and history. He travelled with him all over Europe, visited North America with his relative, Lord Ellesmere, which gave him the opportunity of getting to know the masters of Harvard, and with his stepfather he went to Russia. Everywhere he went he gave the impression of being highly capable with exquisite manners both in scientific and aristocratic circles.

In England he was delegate for Liberal Catholicism. During the XIXth Century the English Catholics managed to free themselves from the inferiority they had suffered from the Anglicans for three centuries. Very soon two tendencies were outlined in the heart of the Catholic minority: those who dreamed of pontifical exaltation and the reflowering of Catholic devotion, even if this disagreed with British traditions and prejudices; and those who defended a doctrinal balance and who fought to reduce the differences which separate Catholics and Anglicans. They coincide with the Anglican liberals in the defence of a Church independent of Civil power, established by God and not as a branch of the State put in charge of the nation's religious affairs. Lord Acton's friendship with Gladstone is thus explained.

Lord Acton lives intensely in the political world of his time. The first fundamental question was for him - politics. He defended nationality as being an essential element of the State against democratic and revolutionary nationalism, but not as the supreme element. Liberty and civilization depended on the heterogeneity of the nations within the State. This theory corroborated another which was Lord Acton's favourite: that liberty was old fashioned and despotism modern. But when he rejects democratic nationalism he does not reject democracy, since for him public participation in the government was at the same time a moral right and an affirmation of liberty.

An essential quality in Acton's character was his love of the

truth and of proclaiming it on every occasion. It is thus clear that he approved Gladstone's concessions to the Boers and British evacuation from Egypt, that he criticized Philip II for considering any medium legitimate if used in service of the Church, that he held that corruption was less because it was found in the Catholic Church.

These short notes make us feel that Lord Acton deserves his biography which has not been written as yet. He seems to us to be a contemporary from his ideas and life. He was actually a living contradiction which is worth making known, because he appeared too Catholic for the Liberals and too liberal for the Catholics. Immersed in the hub of intellectual and social religious life of his epoch, no one was more alone than he was in his essential positions.

